

Miquel Siguán y el murmullo de la conciencia en Lev Vygotsky y James Joyce

*Fernando Gabucio**

Universidad de Barcelona

Resumen

En 1985 Miquel Siguán publicó un artículo titulado *La expresión literaria del lenguaje interior*. El objetivo del mismo era claro: «No resulta difícil explicar las características de la ‘palabra interior’ tal como aparece en el *Ulises* –de James Joyce– desde las ideas de Vygotsky sobre la interiorización del lenguaje...» (1985, pp. 126). Siguán sugería una sorprendente *complementariedad* entre la construcción literaria de la conciencia de algunos personajes de la novela y la descripción vygotskyana del lenguaje interior, a pesar del mutuo desconocimiento entre el escritor y el psicólogo. En el presente trabajo nos proponemos en primer lugar, como forma de homenaje, recordar la propuesta interpretativa de Siguán para recordarle a él. De algún modo, el tema y la tesis de aquel artículo retratan en una luz muy adecuada el perfil amplio y versátil de sus intereses teóricos. Pero queremos también repensar y reelaborar la hipótesis que elaboró, discutirla y señalar su completa coincidencia con la interpretación de Dorrit Cohn (1978) en el marco de su estudio sobre los «modos narrativos de presentar la conciencia en la ficción». La hipótesis de Siguán-Cohn, se sugiere, prelude nuevas temáticas de investigación que sólo ahora están empezando a desarrollarse.

Palabras clave: Lev Vygotsky, James Joyce, conciencia, lenguaje interior.

Abstract

Miquel Siguán published a paper titled «The literary expression of inner language» in 1985. The goal was clear: «It is not difficult to explain the inner word characteristics in Joyce’s *Ulises* with Vygotsky’s ideas about language inwardness ...» (1985, pp. 126). Siguán suggested an amazing complementary between the literary construction of consciousness from some characters in the novel and Vygotsky’s inner language description, besides the writer and the psychologist did not

* Correspondencia: Fernando Gabucio. Departament de Psicologia Bàsica. Facultat de Psicologia. Edifici de Ponent. Pg. Vall d’Hebron, 171. 08035 Barcelona. Teléfono de contacto: 93-3125147. E-Mail: <fgabucio@ub.edu>.

know each other. In this paper we try, as homage to Siguan, to remember his interpretation. In a way, the matter and the thesis of that paper depicts his broad and versatile theoretical interests in a very suitable light. But we want also to re-think and re-elaborate his hypothesis, to discuss it and to stress his complete coincidence with Dorrit Cohn's interpretation about the same point in his study on «narrative modes for presenting consciousness in fiction» (1978). The Siguan-Cohn hypothesis, we suggest, preludes new research topics that just now are beginning to develop.

Keywords: Lev Vygotsky, James Joyce, consciousness, inner language.

A Miquel Siguan

INTRODUCCIÓN

‘El flujo de conciencia’ (*stream of consciousness*) fue una expresión acuñada por William James, el psicólogo –y hermano del novelista, Henry- para caracterizar el continuo flujo de pensamientos y sensaciones en la mente humana. Más tarde se la apropiaron los críticos literarios para describir un tipo particular de ficción moderna que intentaba imitar ese proceso, ejemplificado, entre otros autores, por James Joyce, Dorothy Richardson y Virginia Woolf (Lodge, 1992/1998, p. 72).

De este modo iniciaba David Lodge el par de capítulos que dedica en su obra titulada «El arte de la ficción» a los temas del «flujo de la conciencia» y del «monólogo interior». No es una idea original la que se expresa en esas líneas. Al revés, es más bien la constatación de cómo ha quedado fijada, en el ámbito de los estudios literarios, una cierta relación entre un plano de caracterización propiamente psicológico, que aparece representado por el nombre y la feliz expresión de William James (flujo o corriente de la conciencia) –y por la posición teórica que James desarrollaba al respecto, se entiende, y una técnica narrativa que se considera como una de las grandes innovaciones de la literatura del siglo xx. Esa estrecha conexión entre un punto de vista psicológico y ciertas novedades en el modo de construir los personajes literarios está, por lo que puede verse, sumamente extendida, de manera que el tema del tratamiento literario de la *conciencia* se ha convertido en un tópico de los textos que estudian la ficción literaria (Lodge, 1992/1998, 2002/2004, Wood, 2008/2009, Vargas Llosa, 1997). Por otra parte, la idea de que, de algún modo, la novela moderna imita aspectos del funcionamiento de la conciencia humana se ha extendido más allá del ámbito de los estudios literarios. Cuando, desde el lado de las ciencias cognitivas, Daniel Dennett, en la discusión de su teoría de la conciencia, se refiere al mismo asunto, expresa idéntico supuesto al que acabamos de ver:

Se denominó a estas nuevas y fascinantes máquinas de von Newmann ‘cerebros electrónicos gigantes’, cuando, de hecho, en realidad eran *mentes electrónicas gigantes*, imitaciones electrónicas –radicales simplificaciones- de lo que William James había bautizado con el nombre de flujo de la conciencia, esa sinuosa secuencia de contenidos mentales conscientes de los que James Joyce hizo las más celebres descripciones en sus novelas (Dennett, 1991/1995, p. 227).

Tenemos así establecido lo que constituye el trasfondo del presente trabajo. Pero aquí no vamos a ocuparnos de manera directa a revisar históricamente la idea de la íntima asociación entre la novedad en la teoría psicológica y la novedad en la técnica literaria tal como aparece formulada en las citas anteriores. Al respecto, pueden plantearse diversas preguntas que tienen un enorme interés: ¿qué ocurrió, por qué aparecieron casi a la vez?, ¿en qué dirección circuló la influencia, del psicólogo a los escritores, o de los escritores hacia la teoría psicológica?, ¿o más bien se trató de que *fuerzas* históricas más de fondo estaban detrás de ambas novedades?; o, dado que se considera que Henry James fue uno de los pioneros de la novela moderna, la que «manifiesta una tendencia general a centrar la narración en la conciencia de los personajes, y a crear a dichos personajes mediante la representación de sus pensamientos subjetivos» (Lodge, 2002/2004, p. 56), ¿debemos buscar las razones del paralelismo entre psicología y literatura precisamente en el núcleo familiar de los James?

Estas serían las preguntas a las que nos abocaría un punto de partida como el que hemos empezado estableciendo. Pero, por más que, como decíamos, ésa sea una noción que ha venido dándose por certera, lo que aquí vamos a plantear tiene más bien el afán de sugerir un cambio de diana, la idea de que quizá no sea tan próxima y tan pertinente esa estrecha conexión entre la noción de William James del flujo de la conciencia y, muy en particular, la técnica literaria de James Joyce, a quien suele reconocerse, tal como Dennett hacía, como el máximo exponente de la traducción a discurso literario de ese flujo de conciencia *jamesiano*.

La idea en la que se basa esa sospecha proviene de Miquel Siguan. Así que un objetivo de este trabajo es, en este contexto de recuerdo y homenaje, el de *celebrar* una de sus contribuciones, su hipótesis acerca de «la expresión literaria del lenguaje interior», una hipótesis que, visto el trasfondo de algunas ideas recibidas respecto de la relación entre psicología y literatura, resulta particularmente original y audaz. Aún así, no es, hasta donde podemos saber, muy conocida ni ha tenido una continuación, ampliación o discusión que pueda mencionarse, al menos no entre psicólogos. Más bien al contrario, es como si no hubiera tenido efecto alguno, salvo el puro y simple silencio –o la extrañeza, quizás. Nos proponemos aquí exponer su sugerencia, discutirla y ahondarla hasta donde se pueda, y también, en cierto sentido, tratar de validarla indicando al menos dos cosas. En primer lugar, que no se trata de una sugerencia

excéntrica que caiga exclusivamente del lado de la intuición más subjetiva y personal, y, por tanto, menos contrastable, sino que más bien habría que considerar esa sugerencia como una hipótesis bien definida y sólida, de un indudable interés para una consideración amplia de la esfera psicológica -una a la que le interese la construcción del conocimiento psicológico tanto por la vía de la indagación científica como por la vía de la construcción literaria (Lehrer, 2007/2010), congruente precisamente con la mirada psicológica culturalmente densa que Miquel Siguan poseía. En segundo lugar, que aunque la hipótesis de Siguan se haya «quedado sola» en la discusión entre psicólogos, no lo está del todo en la discusión entre estudiosos de la literatura. Como luego veremos, para ser justos, a la hipótesis de Siguan habría seguramente mejor que llamarla hipótesis de Siguan-Cohn (Cohn, 1978), por la total coincidencia entre ambos a la hora de señalar la precisa correspondencia entre la técnica de James Joyce a la hora de construir literariamente la conciencia -en «Ulises», en particular- y la caracterización que Lev Vygotsky hiciera del lenguaje interior o pensamiento verbal.

LA HIPÓTESIS DE SIGUAN ACERCA DE LA EXPRESIÓN LITERARIA DEL LENGUAJE INTERIOR

Parece que es en torno al año 1985 cuando Siguan centra su interés especialmente en el tema del lenguaje interior. En el I Congreso de la Sociedad Internacional de Psicolingüística Aplicada, celebrado el mes de junio de ese año en Barcelona, presenta un trabajo titulado precisamente así, «El lenguaje interior» (Siguan, 1987). El mismo año publica otro trabajo centrado específicamente en la cuestión en la que aquí vamos a detenernos: «La expresión literaria del lenguaje interior» (Siguan, 1985).

Como puede suponerse, y a pesar de la diferencia en el foco temático, ambos trabajos están muy estrechamente entrelazados. En «El lenguaje interior» Siguan no se limitaba a reformular las conocidas tesis vygotskianas acerca del origen social y lingüístico del pensamiento, sino que claramente trataba de ir más allá, y de subrayar el carácter complejo y bidireccional de la relación entre el pensamiento y el lenguaje. Y trataba también de enriquecer y matizar algunas de las tesis heredadas. De manera que el escrito tiene el sabor de una verdadera exploración teórica, con una clara toma de posición pero también, a la vez, con la voluntad de no anclarse en la repetición meramente fiel de ideas de Vygotsky, y con la aportación de sugerencias e hipótesis interpretativas que van más allá de las nociones canónicas. Sin embargo, aquí vamos a conformarnos con atender a la propuesta del trabajo sobre «La expresión literaria del lenguaje interior», dejando de lado algunas de las significativas conexiones existentes entre ambos textos.

Podría parecer, si nos guiamos por las cuestiones abordadas en cada uno de esos dos trabajos, que el primero es indudablemente una indagación psicológica, mientras

que el segundo podría dar la impresión de constituir una especie de divertimento, una extensión de la cuestión más allá de las fronteras propiamente psicológicas hacia un territorio ajeno. Al fin y al cabo, la idea de «La expresión literaria del lenguaje interior» queda fuera, podría pensarse, de la psicología. Mi impresión es que no debía ser ésa la actitud desde la que Siguan planteaba el tema. Si se ocupó casi a la vez de los dos trabajos debió ser, más bien, porque para él la tesis de «La expresión literaria de lenguaje interior» completaba de modos oportunos y relevantes tanto sus propias ideas acerca del lenguaje interior como, seguramente, incluso la concepción misma de la relación entre lenguaje y pensamiento del psicólogo ruso.

Empezaremos por presentar la tesis de Siguan acerca de «La expresión literaria del lenguaje interior» y resumir su argumentación.

La tesis del trabajo es relativamente sencilla de exponer. Como ya se ha apuntado, se propone que hay una muy notable coincidencia entre, por una parte, la caracterización del lenguaje interior que hacía Vygotsky en el último capítulo de «Pensamiento y lenguaje» (1934/1995) y, por otra parte, la técnica literaria que, de manera novedosa, empleó Joyce en la redacción del «Ulises». De algún modo, la ciencia y el arte vienen casi a la vez, en un cierto momento histórico, a desvelar un nuevo estrato psicológico: Vygotsky se ocupa, en su terminología, del pensamiento verbal o del lenguaje interiorizado, y Joyce parece utilizar sistemáticamente las mismas características que describen a ese lenguaje interior para elaborar una representación del discurrir de la conciencia que viene a resultar revolucionaria con respecto a las formas precedentes utilizadas en literatura para fines similares.

El hecho en sí quizás no tendría mayor significación si hubiera razones para pensar que esa *coincidencia* se basa en alguna forma de influencia en uno u otro sentido. Podría ser que el escritor se hubiera inspirado en los descubrimientos psicológicos para modelar su escritura a fin de representar literariamente lo que la psicología ya había descrito. O quizá, en sentido inverso, la inspiración para teorizar cierta dinámica de la actividad psicolingüística podría venir sugerida por la invención literaria previa. Pero, hasta donde sabemos, y ése era también el punto de partida de Siguan, no hubo un conocimiento mutuo que permita suponer esa influencia en ninguna de las dos direcciones. Ni Joyce pudo haber conocido el trabajo de Vygotsky, que es posterior (el «Ulises» apareció íntegro en 1922, mientras que «Pensamiento y lenguaje», escrito entre 1929 y 1934, se publicó en 1934, tras la muerte de Vygotsky), ni Vygotsky debió conocer la novela del autor irlandés. Como es sabido, Vygotsky fue un gran amante y conocedor de la literatura. Dejando ahora de lado sus escritos sobre arte (Vygotsky, 1970/1972), en ese último capítulo de «Pensamiento y lenguaje» recurre en diversas ocasiones a fragmentos de escritores para ilustrar algunos de los aspectos de las tesis que desarrolla. Así que cabe suponer que si hubiera conocido la obra de Joyce hubiera podido y debido hacer referencia a ella. Por otra parte, esas circunstancias dejan en

el aire una pregunta tremendamente interesante para la historia-ficción: ¿cuál habría sido la reacción y el juicio de Vygotsky acerca de la obra de Joyce? Si Siguan (y Cohn, 1978, como veremos) tienen razón, el «Ulises» ejemplifica extraordinariamente bien las ideas vygotkianas acerca del pensamiento verbal. A la vez, las ideas de Vygotsky teorizan de un modo singularmente apropiado los rasgos estilísticos más propios y novedosos del «Ulises» como novela de la conciencia. A Vygotsky le hubiera venido como anillo al dedo el «Ulises» de Joyce para evidenciar algunas de las tesis principales de «Pensamiento y lenguaje», ésa es la idea. Y, complementariamente, la caracterización vygotkiana del lenguaje interior es la mejor *explicación* psicolingüística de la novedosa técnica de Joyce.

Siguan presenta su tesis de una manera muy directa y a la vez de un modo prudente o tentativo:

por los años en los que Vygotsky reflexionaba sobre el lenguaje, en la producción literaria se iniciaba y pronto se generalizaba el esfuerzo por traducir el lenguaje interior a lenguaje externo y convertirlo en materia literaria. Parece por tanto que poner en relación ambos hechos puede tener algún interés (Siguan, 1985, p. 119).

Dado el desconocimiento mutuo entre psicólogo y novelista al que nos hemos referido, Siguan asumía que «la comparación entre sus ideas y la práctica literaria de ciertos autores deberemos hacerla por nuestra cuenta» (*op. cit.*, p. 120). Y a eso es a lo que dedicaba el trabajo.

Lo primero es recordar las propiedades del habla interior vygotkiana: «el lenguaje interior sólo ha de ser comprendido por el propio sujeto que lo produce y por ello puede simplificarse notablemente renunciando a muchos elementos sintácticos y concentrándose en los directamente significativos» (Siguan, 1985, p. 119). Muy resumidamente, esas propiedades son: una sintaxis inconexa e incompleta en la que regularmente se omiten los sujetos de las oraciones mientras que se preservan los predicados, un predominio de los significados sobre las estructuras sintácticas, algo que también contribuye al carácter abreviado del discurso interior, y que implica la preponderancia de los sentidos particularizados de palabras sobre los significados estándar, la aglutinación de términos, lo que se llamó influjo de sentido (que sería una especie de sobrecarga de significado), y el uso de expresiones idiomáticas individuales.¹

A partir de ahí, se dedica a una rápida mirada histórica a diversos momentos, autores, e incluso formas literarias en las que se ha cultivado la intención de «reflejar

1. No me propongo aquí dar una explicación apropiada del habla interior vygotkiana, algo que requeriría un desarrollo mucho más amplio y detallado. El objetivo es meramente el de recordar la lista de sus rasgos esenciales.

el pensamiento de un personaje en su propia intimidad» (Siguan, *op. cit.*, p. 120). Hay un desarrollo histórico en esas formas, así que lo que Siguan propone es una especie de apretadísimo esbozo de ese desarrollo. Como es lógico, dada la intención del trabajo, ese desarrollo se describe como las formas antecedentes a la que Joyce emplea en el «Ulises». Lo que hace Siguan es, entonces, una historia abreviada de las formas literarias de representar la conciencia, ejemplificando en cada caso con citas bastante extensas el aire propio de esas diversas formas.² La primera obra que cita en la que esa intención está claramente presente son las «Confesiones» de san Agustín. Señala que

las Confesiones agustinianas constituyeron una innovación extraordinaria y de largas consecuencias en el pensamiento occidental, por primera vez se intenta verbalizar la intimidad personal. Pero lo que no pretendía San Agustín –y éste es el límite que Siguan marca a ese intento- era reproducir la estructura del lenguaje interior (*op. cit.*, p. 120)

dado que las «Confesiones», como ejercicio de escritura, no dejan de atenerse a las reglas «de la gramática y la retórica».

Algo similar sería lo que encontramos en el teatro clásico (de Shakespeare o de Lope). Aparece ya en los personajes la voz del pensamiento, y no sólo la voz de las palabras dichas. Se incluyen apartes y monólogos, y en ellos «los personajes expresan en voz alta lo que piensan y tal como lo piensan» (*op. cit.*, p. 120). Es más, dice Siguan, en esos fragmentos pueden ya apreciarse las mismas funciones que, de manera general, tiene el lenguaje interior en el comportamiento humano. Son las funciones que, como decíamos, se han especificado en «El lenguaje interior» (Siguan, 1987), matizando y refinando los planteamientos de Vygotsky. Para Siguan son tres:

- a) pueden encontrarse monólogos que no se dirigen específicamente a nadie, y que expresan, se supone, el curso del pensamiento de un personaje («imaginando, recordando o anticipando o también reflexionando y llegando a conclusiones» –y menciona aquí el celeberrimo monólogo de Hamlet (*op. cit.*, p. 120). Funcionalmente, sirven como apoyo del proceso reflexivo.
- b) hay también monólogos que se dirigen a un interlocutor imaginario o ausente, o a la personificación de una fuerza de la naturaleza.
- c) habría, por último, monólogos que se dirigen a uno mismo «para darse noticia de algo o para analizarse, interrogarse, exponerse sus dudas» (*op. cit.*, p. 120), de

2. David Lodge (2002/2004) hace una reconstrucción en cierto modo parecida, aunque mucho más detallada, y centrada en la literatura inglesa y norteamericana de los siglos XVIII en adelante, justamente mucho de lo que la brevísima historia de Siguan deja fuera.

modo que funcionan como instigación y control de la propia actividad, como conminaciones dirigidas a uno mismo. Se trataría de la función regulativa.

Pero a pesar de señalar que todas esas formas de representar el pensamiento vienen a coincidir con las funciones del lenguaje interior, sigue habiendo en los autores que las emplean una continuidad absoluta con las formas previas de plasmarlo literariamente. Lo que dicen los personajes teatrales puede corresponderse con lo que piensan pero «la manera como lo dicen tiene escasa semejanza con la estructura del lenguaje interior tal como la describe Vygotsky o tal como la conocemos por nuestra propia experiencia» (*op. cit.*, p. 121). El argumento es, en última instancia, y de manera similar a lo que ocurría con san Agustín, que «las frases que constituyen los diálogos y las que constituyen los monólogos tienen exactamente el mismo vocabulario, la misma sintaxis y el mismo estilo». Es decir, que esos personajes piensan exactamente en el mismo formato, podríamos decir, en el que hablan, y por tanto la representación del pensamiento no difiere en absoluto de la representación escrita del habla. Como piensan con una total corrección lingüística, no hay diferencia alguna entre habla comunicada y habla interior.

El recorrido histórico de Siguan avanza a grandes zancadas señalando que, en el ámbito de la novela, el recurso al aparte y al monólogo se encuentra ya en el Quijote pero que su difusión «sólo se produjo en la novela naturalista del siglo XIX y como una forma de potenciar el realismo del relato» (*op. cit.*, p. 121). Se menciona a Flaubert y a Zola y se observa que se vuelve común yuxtaponer, disociándolo, lo que piensa un personaje a lo que acaba de decir.

A continuación se recalca en cómo Galdós utilizó también formas de lenguaje interior para caracterizar a sus personajes, y en el hecho de que Clarín criticó, a la vez que alababa la innovación estilística, la artificiosidad y la falsedad psicológica que implicaba, de nuevo, el hecho de «traducir en discursos bien compuestos lo más indeciso del alma...»³

En este recorrido llegamos así a Joyce, estación final y objetivo del repaso histórico. De las obras anteriores que han sido comentadas se han recogido algunos ejemplos a modo de ilustración. Algo similar se hará ahora también con respecto al «Ulises». Siguan elige varios fragmentos relativamente extensos (de algo más de quince líneas dos de ellos, de los capítulos 3 y 8, y otro aún más largo del soliloquio de Molly, la mujer del protagonista de la novela, que constituye el capítulo final). Los tres ejemplos de Siguan van prácticamente uno a continuación del otro en su propio artículo. Y

3. Hay aquí un pequeño misterio en el trabajo de Siguan. Cita a Clarín quien, a su vez, invoca el trabajo de «un ilustre psicólogo» publicado en el *Journal des Savants*. Pero Siguan, en cuyo trabajo no hay referencias, no desvela quién es ese psicólogo.

efectivamente transmiten algo del aroma de conjunto de la prosa que se está queriendo poner de manifiesto, simultáneamente, como rasgo en verdad singular del autor y, a la vez, como estilo que refleja los rasgos vygotskyanos del habla interna,⁴ lo que lleva a una conclusión:

«No resulta difícil explicar las características de la ‘palabra interior’ tal como aparece en el *Ulises* desde las ideas de Vygotsky sobre la interiorización del lenguaje...» (*op. cit.*, p. 126).

Pero Siguan no se conforma con señalar las similitudes. Presta también atención a las diferencias. Ahora bien, si las similitudes tienen que ver con las propiedades formales del habla interna descubierta/representada, las diferencias tienen más bien

4. El meollo de la tesis de Siguan reside en la similitud entre el lenguaje interior que puede uno imaginarse cuando lee la caracterización que del mismo hace Vygotsky, y el efectivo discurso que construye Joyce en el *Ulises* como habla interior de algunos de los personajes. Así que, para apreciar esa similitud, lo mejor sería poner lo uno junto a lo otro a fin de observarla claramente. Pero el asunto no es tan sencillo como pudiera parecer. Vygotsky caracteriza un lenguaje que no muestra, y Joyce inventa y pone en práctica unos recursos que no explica. Como se apuntó antes, estamos ante una «coincidencia» en la que el escritor aporta el ejemplo de lo que el psicólogo teoriza sin ejemplificar. Cuando Wertsch (1985/1988) aborda las propiedades estructurales y funcionales del habla egocéntrica e interna señala lo siguiente: «Al revisar las conclusiones de Vygotsky con relación a las características del habla interna, debe señalarse que prácticamente no proporcionó ejemplos concretos de cómo las características por él mencionadas se manifiestan en el habla egocéntrica. En cambio, describió las características del habla interna apoyándose en las teorías semióticas y poéticas y empleando textos cotidianos y artísticos. Por tanto, al revisar sus propuestas no tengo acceso a los datos específicos del habla egocéntrica en los que basó sus afirmaciones» (Wertsch, 1985/88, p. 134). Pues bien, el problema que señala Wertsch es nuestro problema ahora. Aunque Siguan reproduce tres fragmentos relativamente largos del «*Ulises*», lo que no hace es acabar de ejemplificar, uno a uno, por así decir, esos rasgos vygotskyanos con muestras pertinentes y diferenciadas de discurso del «*Ulises*». Eso tiene el efecto, me temo, de restar eficacia persuasiva a la tesis de Siguan. A eso hay que añadir aún otro problema. Vygotsky describe el habla interna como pudiendo oscilar desde la más a la menos deformada, en términos tanto sintácticos como semánticos. Por su parte, Joyce parece también variar el grado en el que distorsiona los cursos de monólogo interior desde lo más a lo menos comprensible. Pero no está muy claro el grado de deformación al que corresponden los ejemplos de Siguan. Y otra cosa más: las «deformaciones» de Joyce se perciben mejor si se entresacan de fragmentos en los que el habla interna se alterna con el discurso en tercera persona del narrador, casi siempre mejor formado que el del habla interna de los personajes. Siguan señala como un rasgo adicional de la novela el hecho de que la voz del narrador acaba teniendo también tintes de monólogo interior. Pero otra hipótesis posible es que, una vez construida la fibra del monólogo interior de un personaje es posible entremezclar la voz interior del personaje con la del narrador en tercera persona, yendo fugazmente a la del personaje dentro del discurso del narrador. Eso produciría la impresión que señala Siguan de que el narrador acaba también mostrando su habla interior.

que ver con los aspectos funcionales. No está claro que el habla interior del «Ulises» se relacione con un pensamiento abstracto que se apoya en su trabajo en la herramienta lingüística. Más bien tiene que ver, dice Siguan, con «un flujo de imágenes muy concretas» (*op. cit.*, p. 126). Tampoco está claro que el discurso interior tenga una función regulativa con respecto a la propia actividad de los personajes, «más bien parece que sirve para compensarla o incluso para sustituirla» (*op. cit.*, p. 126). Por último, de nuevo la estrecha relación entre lenguaje interior y procesos de razonamiento que Siguan atribuye a Vygotsky no se corresponde con lo que muestra Joyce, que sería más bien la personalidad de sus personajes a través de su manera de pensar.⁵

LA HIPÓTESIS DE SIGUAN-COHN

La hipótesis de Siguan parece descansar, desde que fuera formulada, en el limbo de las ideas que no han sido todavía juzgadas. He encontrado una sola referencia en un texto de psicología en el que se mencionaba esa hipótesis, de pasada, y más que nada como una especie de curiosidad (Belinchón, Igoa y Riviére, 1998). No parece haber investigaciones psicológicas que recojan y utilicen de algún modo, o que exploren más en profundidad, la idea de que disponemos de una interesante reconstrucción literaria del lenguaje interior vygotskyano. O que, sencillamente, discutan o nieguen ese supuesto. En la línea de investigación psicológica sobre el habla privada (Díaz y Berk, 1992, Montero, 2006, Winslery otros, 2009),⁶ no parece tener un lugar, ni tan sólo marginal o decorativo.

Es muy posible que eso tenga que ver con la «singularidad» de la propuesta de Siguan, con su posición a medio camino entre el territorio psicológico y el literario. Pero, si bien es cierto que la hipótesis de Siguan viene careciendo de eco en la investigación propiamente psicológica, también lo es que no ha quedado como un grito en el desierto. Del lado de los estudios literarios sí ha habido quien ha afirmado exactamente la misma idea que Siguan dejó apuntada. Cohn (1978), en el marco de un trabajo cuyo propósito es el de estudiar de manera sistemática los modos narrativos de presentar la consciencia en la ficción, llega a la misma conclusión a la que llegó Siguan. Estoy seguro de que al doctor Siguan le hubiera gustado saberlo. Imagino que le hubiera alegrado y le hubiera producido cierta satisfacción.

5. En mi opinión Siguan se muestra algo contradictorio a la hora de valorar la funcionalidad del habla interior en el Ulises. Antes de estas observaciones ha afirmado que las funciones del lenguaje interior en los personajes de Joyce son las mismas que él mismo había puesto de manifiesto en relación a la literatura precedente (pp. 124).
6. Agradezco a Conchi San Martín el haberme facilitado la bibliografía reciente de la investigación sobre habla privada, a la que ella también ha contribuido.

El trabajo de Cohn no es un estudio histórico sino tipológico de las formas básicas mediante las cuales la literatura ha incorporado la representación de la conciencia. Distingue entre las formas narrativas en tercera y en primera persona, y asume, aunque su énfasis sea tipológico, que por detrás hay una cierta continuidad de carácter histórico. Tanto para la narración en tercera persona como para la narración en primera persona distingue entre lo que llama psico-narración, el monólogo narrado y lo que llama monólogo interior citado (*quoted monologue*). En lo que llama psico-narración lo que tenemos es el discurso de un narrador acerca de la conciencia de un personaje, pero, aunque va aparejado a una capacidad de descripción omnisciente que practica un análisis interno, no es primariamente un método para presentar lenguaje mental. A título de ejemplo sencillísimo, un narrador escribiría con respecto a uno de sus personajes: «él sabía que llegaba tarde». En segundo lugar, en el monólogo narrado lo que se genera es el discurso mental de un personaje en la guisa del discurso del narrador. Es lo que suele llamarse estilo indirecto libre, y es seguramente la forma lingüística más compleja para los fines que persigue, según Cohn (*op. cit.*). Para un caso equivalente al ejemplo anterior, la expresión sería «él llegaba tarde», pero atribuyéndolo a la conciencia del personaje, y no como afirmación fáctica del narrador. Por una parte, mantiene la tercera persona y el tiempo de la narración, tal como hace también la psico-narración, pero por otra parte reproduce *verbatim* el propio lenguaje mental del personaje. En tercer lugar, en el monólogo interior citado también se entra en el discurso mental de un personaje, pero la manera de hacerlo es diferente. En el contexto de una narración en tercera persona, en el que hay un narrador independiente, hay dos marcas comunes a todas las citas de pensamiento en este tipo de monólogo interior: la referencia al yo pensante en primera persona, y la referencia al momento narrado en tiempo presente (al ser el tiempo mismo de la locución). En este caso, el ejemplo se transformaría en: «(él pensó:) llego tarde», sin que en realidad se escriba el contenido del paréntesis. Para Cohn (*op. cit.*) hay que considerar a esta última técnica como bien diferenciada gramaticalmente de las otras dos, y también como más *directa*.⁷

Así definido, el monólogo interior citado no es, desde luego, un hallazgo exclusivo de Joyce. Cohn (*op. cit.*) menciona como ilustres cultivadores del estilo tanto a Stendhal como a Dostoievski. No obstante, hay significativas diferencias en la manera concreta de construir el monólogo citado entre estos autores y el modo de Joyce.⁸

7. Una constante de los autores del mundo literario que estamos citando aquí es la de considerar que hay grados de realismo en la representación literaria de la conciencia. Y la consideración más extendida parece que es la de que el mayor grado de realismo es precisamente el que logró Joyce en el Ulises.
8. Es sabido que la inspiración técnica más directa para Joyce provino de un escritor francés, Edouard Dujardin, y más en concreto de su obra titulada *Les lauriers sont coupés*. Dujardin incluso escribió más adelante un libro teórico titulado *Le monologue interior* (1931). Pero aquí seguiremos la tradición de atribuir el mayor mérito literario a Joyce (Valverde, 1979). Además hay diferencias claras entre Dujardin y Joyce.

Esas diferencias se han descrito diciendo que los autores del XIX, aunque construyen soliloquios que dan cuenta del curso del pensamiento de sus personajes lo hacen de modo que esos soliloquios silenciosos están contruidos con patrones de lenguaje discursivo ordinarios y, en ese sentido, y en contraste con Joyce, utilizan un lenguaje «retórico, racional y deliberado», algo equivalente a los rasgos de las primeras forma de representar el pensamiento que recordaba Siguan. En cambio, la novedad del siglo XX (primero de Dujardin, de quien Joyce toma la técnica, y luego de Joyce) consiste en que el nuevo monólogo adquiere un fuerte carácter ilógico, espontáneo, asociativo, con notables elipsis, imaginería profusa y ritmo *stacatto* (Cohn, *op. cit.*). Así que, en el estilo de Joyce, el ejemplo utilizado antes para los tres tipos de representación de la conciencia se transformaría muy probablemente en un escuetísimo y desligado «Tarde», en la voz mental del personaje.

El objetivo de Cohn, ya se ha dicho, es tipológico y sistemático. Así que, cuando entra en el análisis minucioso de la forma moderna del monólogo interior citado, con una muy especial atención a la obra de Joyce, que figura claramente como uno de los objetivos explicativos de su análisis, tiene ante sí la tarea de tratar de dar cuenta de la novedad literaria que supone el «Ulises». ¿Y dónde encuentra Cohn, en medio de una amplia discusión sobre su tema –recordemos: los modos narrativos de presentar la conciencia en la ficción–, respuesta al interrogante de la caracterización precisa de la novedad estilística de Joyce? Su idea es que todos los monólogos interiores transforman el lenguaje coloquial mediante dos procedimientos fundamentales, lo que llama abreviación sintáctica y lo que llama opacidad léxica. Con estas afirmaciones la interpretación de Cohn toma un rumbo decididamente vygotskyano. Pero es que ese rumbo es perfecta y totalmente explícito:

¿Podría ser que el lenguaje infantil fuese una fuente no reconocida del *Ulises*? Uno podría casi pensar eso cuando lee el estudio del habla egocéntrica del psicolingüista ruso Vygotsky, que Joyce no pudo haber conocido. Este estudio proporciona la única confirmación empírica (fuera de la introspección personal) de que el lenguaje silencioso de Bloom –(uno de los protagonistas de *Ulises*)– es desde luego el de todo el mundo. Los puntos de vista de Vygotsky me parecen tan relevantes para la estilística del monólogo interior que los resumiré brevemente» (Cohn, *op. cit.*, p. 95).

Como decía antes, me parece que al doctor Siguan le hubiera gustado mucho leerlo. A partir de ahí, en el resto del análisis, Cohn repasa y da por buenos, uno por

La novela de Dujardin estaba íntegramente escrita en primer persona mientras que Joyce combinaba la tercera persona del narrador con la voz interior de algunos de los personajes (Cohn, 1978).

uno, todos los rasgos vygotskyanos del habla privada como las características formales mediante las que Joyce construye los monólogos interiores de sus personajes: «la descripción empírica del psicolingüista suena en cada porción como un análisis estilístico de los monólogos del *Ulises*» (*op. cit.*, p. 97).

Así que Siguan no está finalmente sólo con su hipótesis, sino, podría decirse, muy bien acompañado. Siguan, como psicólogo, y digamos que desde un conocimiento profundo de la obra de Vygotsky, entrevé un definido paralelismo entre la caracterización del habla privada y la manera de presentar la conciencia en el «*Ulises*». Cohn, como estudioso especializado en las maneras de presentar la conciencia en la literatura, tiene el problema de explicar la singularidad y la novedad de la técnica de Joyce, y encuentra respuesta en la investigación del lenguaje egocéntrico del psicólogo ruso. Es un interesante juego de coincidencias y de desconocimientos. Joyce no conoce a Vygotsky y Vygotsky no conoce a Joyce. Cohn no conoce a Siguan y Siguan no conoce a Cohn –doy por seguro, por varias razones, que Siguan no conocía el libro de Cohn. Pero tanto Siguan como Cohn conocen a Joyce y a Vygotsky. Y eso les permite ver las semejanzas oportunas. Y a mí me parece un motivo de celebración y una buena y, como suele decirse, feliz coincidencia. Y hacerlo notar me parece además una manera apropiada de recordar intelectualmente a Miquel Siguan.

¿CONCLUSIONES?

Una cosa es notar la llamativa similitud entre la teoría psicológica de Vygotsky y la ejecución literaria de Joyce, y otra, muy distinta, tratar de explicar de dónde puede haber surgido dicha similitud. Siguan se conforma con notar el buen encaje. Valverde (1979), el traductor del «*Ulises*» al español, señala como de pasada otra hipótesis: la de que el «*Ulises*» está construido «como un examen de conciencia al modo jesuítico, llevado hasta el último extremo, sólo que, claro está, sin ‘dolor de corazón’ ni ‘propósito de enmienda’» (*op. cit.*, p. 15). Parece, sin embargo, que esta sugerencia, por interesante que pueda resultar, no acaba de dar cuenta de manera suficiente de la aparición literaria del monólogo joyceano/vygotskyano –el monólogo egocéntrico–, puesto que no detalla el vínculo entre ese examen de conciencia y las novedades estilísticas precisas mediante las que Joyce «se acerca a la representación del fenómeno de la conciencia posiblemente más que ningún escritor en toda la historia de la literatura» (Lodge, 2002/2004, p. 55).

Cohn, por su parte, hace también un ensayo de explicación: «¿Qué vamos a hacer con estas remarcables correspondencias?», se pregunta (*op. cit.*, p. 97). Descarta que Joyce hubiera podido inspirarse directamente en el habla egocéntrica infantil o que hubiera podido de alguna manera establecer una analogía explícita con ésta. Acepta, con limitaciones, el supuesto de que Joyce «bien pudo derivar de la autoobservación la misma concepción del habla interna que Vygotsky dedujo de sus experimentos con

niños», dados unos «extraordinarios poderes de introspección» equivalentes a los que pudieron tener «William James, Freud u otros grandes psicólogos pioneros» –o pudiera propiciar el examen de conciencia jesuítico, añadimos. Pero las limitaciones vienen de que «la introspección no pudo ser la única fuente para la invención estilística de un estilo monológico característico». Así que debió haber al menos alguna otra fuente. Cohn propone que es el lenguaje conversacional el que pudo proporcionar el modelo estilístico para el habla interna.

Decía Vygotsky: «La predicación es la forma natural del habla interna; psicológicamente, consta sólo de predicados. La ley del habla interna es omitir los sujetos; *la del habla escrita, explicitar tanto los sujetos como los predicados*» (1934/1995, p. 221; cursivas añadidas). La pregunta es entonces –pero sólo en parte, dado que no es el único rasgo en juego–, de dónde vino la audacia de Joyce para violar esa ley del habla escrita que tan fielmente habían respetado múltiples generaciones de escritores anteriores.

Esta hipótesis del origen conversacional del habla interna, que no es del todo ajena a alguno de los comentarios de Siguan, tiene el interés de coincidir de nuevo con algunos de los ejemplos que el propio Vygotsky empleó para caracterizar, desde un lenguaje externo, alguna de las propiedades del habla interna, tomados varios de ellos, a la vez, de fuentes literarias. Así que, al menos desde un punto de vista descriptivo, la sugerencia de Cohn (*op. cit.*) acerca del origen de la innovación de Joyce es de nuevo congruente con los hechos en los que estaba también fijándose Vygotsky, más allá de los protocolos de los niños estudiados.

Cabe pensar entonces que la hipótesis de Cohn, por precaria que resulte, es también, ella misma, y en última instancia, nítidamente vygotskyana. Se podría reformular así: del mismo modo que toda la concepción de Vygotsky persigue demostrar el origen del habla interna en el habla social, así mismo Joyce inventó su monólogo interior partiendo de un modo significativo del habla conversacional. Tiene sentido. Aunque también plantea algún problema. El principal, a mi modo de ver, desde el punto de vista de la historia literaria es éste: el habla conversacional estaba perfectamente disponible para todos los escritores anteriores, así que esa hipótesis no acaba de explicar de manera satisfactoria por qué fue precisamente Joyce (antes Dujardin, en realidad, pero la pregunta sigue siendo la misma) el que la tomó como modelo del que extrajo los rasgos que luego insertó en el monólogo interior.

La hipótesis de Siguan-Cohn lleva lógicamente a poner en duda la pertinencia y la exactitud de la expresión «flujo de conciencia» cuando se trata de aplicársela al «Ulises». Siguan no entra en este asunto pero Cohn sí lo hace. No se trata de poner en cuestión la etiqueta de «flujo de conciencia» referida de un modo genérico a las formas literarias que tratan de instalarse en el devenir inmediato de la conciencia de sus personajes. Ahí la expresión no tiene por qué cuestionarse. Lo que está en juego es más bien el ajuste mutuo entre una caracterización psicológica, la de James, de la que

viene tomándose la expresión y que vagamente se presupone como marco teórico de carácter psicológico, y alguna de esas formas literarias. Cuando vemos la precisión del ajuste entre la teorización vygotskyana y la ejemplificación joyceana nos damos cuenta de que la expresión «flujo de conciencia» queda, por así decir, holgada cuando se refiere al «Ulises». Cohn lo expresa de la siguiente manera: «El término ‘flujo de conciencia’ se aplica entonces a los monólogos del Ulises sólo si uno iguala la palabra ‘consciencia’ con el lenguaje interior, como Joyce mismo parece haber hecho» (*op.cit.*, p. 87).

El problema, puestos a pensar en la correspondencia entre la teoría psicológica y la práctica narrativa a la que presta su nombre es que «la corriente de la conciencia» tal como fue descrita por William James (1890/1989) sencillamente no hace esa equiparación entre conciencia y lenguaje interior. Ni siquiera entre conciencia y lenguaje, por la sencilla razón de que la *conciencia* de James no es, en ningún sentido específicamente significativo, lingüística⁹ (9). Para que esa idea apareciera en el ámbito de la teoría psicológica moderna hubo que esperar a la obra de Vygotsky.

Para acabar, hemos señalado la falta completa de eco de la hipótesis de Siguan-Cohn en el desarrollo de las ideas vygotskianas en psicología. Es evidente que se trata de una hipótesis puente entre ámbitos bien diferenciados, ámbitos a los que no parece habérseles reconocido, de manera sistemática al menos, una *mutua significación*, o alguna forma de *mutua relevancia*. Pero es muy posible que esa situación esté empezando a cambiar. Lodge ha hecho un esfuerzo en ese sentido al ocuparse del tratamiento de la conciencia en la novela (Lodge, 2002/2004), partiendo del reciente interés de las ciencias cognitivas por ese mismo *objeto*. Lehrer (2007/2010), en un nuevo intento de salvar el abismo entre las dos culturas, y desde la pretensión de mostrar más la complementariedad que la diferencia entre arte y ciencia, sugiere que algunos artistas vaticinaron lo que luego han sido hallazgos de la neurociencia. Dice: «Ahora sabemos que Proust llevaba razón con respecto a la memoria, que Cézanne fue misteriosamente preciso sobre la corteza visual, que Stein se adelantó a Chomsky y que Woolf sondeó el misterio de la conciencia» (*op. cit.*, p. 18). Por otra parte, muchos investigadores empiezan también a trabajar en territorios puente y a reunir sus esfuerzos en pos de una «narratología» cognitiva y psicológicamente enraizada (Herman, 2003). En el marco de estas recientes investigaciones, la hipótesis de Siguan-Cohn no es, como decíamos, ni un grito en el desierto ni una sugerencia descansando en un limbo de ideas por discutir, sino más bien una propuesta adelantada que se adentra en territorios que sólo ahora están empezando a perfilarse como objetos de investigación.

9. No sólo no hay referencia explícita al lenguaje en el capítulo dedicado a «El curso del pensamiento» en los «Principios de psicología» de William James. Tampoco hay un tratamiento del lenguaje en ningún otro capítulo de la obra.

REFERENCIAS

- Belinchón, M., Igoa, J. M. y Riviére, A. (1998). *Psicología del lenguaje. Investigación y teoría*. Madrid: Trotta.
- Cohn, D. (1978). *Transparent Minds. Narrative Modes for Presenting Consciousness in Fiction*. New Jersey: Princeton University Press.
- Dennett, D. (1991/1995). *La conciencia explicada*. Barcelona: Paidós.
- Díaz, R.M. & Berk, L.E. (eds.) (1992). *Private speech: From social interaction to self-regulation*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Herman, D. (ed) (2003). *Narrative Theory and the Cognitive Sciences*. Stanford, California: CSLI Publications.
- James, W. (1890/1989). *Principios de psicología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Joyce, J. (1922/1979). *Ulises*. Barcelona: Bruguera (traducción de J.M. Valverde).
- Lehrer, J. (2007/2010). *Proust y la neurociencia*. Barcelona: Paidós.
- Lodge, D. (1992/1998). *El arte de la ficción*. Barcelona: Península.
- Lodge, D. (2002/2004). *La conciencia y la novela. Crítica literaria y creación literaria*. Barcelona: Península.
- Montero, I. (ed). (2006). *Current research trends in private speech*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Siguan, M. (1985). La expresión literaria del lenguaje interior. *Anuario de Psicología*, 33, 117-128.
- Siguan, M. (1986). La expresión literaria del lenguaje interior. En M. Siguan (coord.), *Estudios de psicolingüística*, (pp. 221-234). Madrid: Pirámide.
- Siguan, M. (1987). El lenguaje interior. En M. Siguan (coord.), *Actualidad de Lev S. Vigotski* (pp. 136-159). Barcelona: Anthropos.
- Valverde, J. M^a. (1979). Prólogo a *Ulises*. Barcelona: Bruguera.
- Vargas Llosa, M. (1997). *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Planeta.
- Vygotsky, L. (1934/1995). *Pensamiento y lenguaje*. Barcelona: Paidós.
- Vygotsky, L. (1970/1972). *Psicología del arte*. Barcelona: Barral.
- Wertsch, J. V. (1985/1988). *Vygotsky y la formación social de la mente*. Barcelona: Paidós.
- Winsler, A., Fernyhough, Ch. y Montero, I. (2009). *Private speech, executive functioning, and the development of verbal self-regulation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wood, J. (2008/2009). *Los mecanismos de la ficción. Cómo se construye una novela*. Madrid: Gredos.

Artículo recibido: 02-09-11
 Artículo aceptado: 22-09-11